

ramente con las obligaciones de la piedad y que conservan aún reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas; y digo que persiguen á la verdad con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza, que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los siervos de Dios; que disgustan de la virtud á las almas que se hallaban dispuestas para ella; que confirman en el desórden á las que buscan pretextos para mantenerse en él: en una palabra, que hacen á la virtud ó sospechosa ó ridícula. De este modo, como antiguamente se quejaba el Señor por su profeta, el infiel Israel, esto es, el mundo, justifica aún todos los días sus desórdenes, comparándolos con las infidelidades de Judá, esto es, con las flaquezas de los justos. *Justificavit animam suam aversatrix Israel, comparatione pravaricatricis Judæ.*¹ Es decir, que el mundo se cree seguro cuando ve que las almas que hacen profesion de la piedad le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aún de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aun alguna vez de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es cuando el mundo triunfa, asegurado con este paralelo. Entonces, advirtiendo que la virtud de los justos se parece á sus vicios, permanece tranquilo en su estado y cree que seria cosa inútil el mudarse, pues se retienen las mismas inclinaciones, aunque se varíe de nombre. *Justificavit animam suam, etc.*

Y aquí es adonde no puedo menos de deciros, católicos,

¹ Jerem. 3. v. 2.

con aquel apóstol á quien Dios llamó de los caminos del mundo y de las pasiones á los de la verdad y la justicia; portémonos de tal modo entre los mundanos, que así como hasta ahora han desacreditado la virtud y menospreciado ó censurado á los que la ejercitan, las buenas obras que nos vean hacer, nuestras costumbres puras y santas, nuestra paciencia en los desprecios, nuestra sabiduría y nuestra circunspeccion en las conversaciones, nuestra modestia y humanidad en la elevacion, nuestra igualdad y sumision en las desgracias, nuestro agrado con los inferiores, nuestro respeto con los iguales, nuestra fidelidad con nuestros amos, nuestra caridad con todos nuestros hermanos, les obligue á glorificar á Dios, les haga respetar y envidiar la virtud, y los disponga á recibir la gracia de la luz y de la verdad cuando se digne visitarlos é ilustrarlos en sus errados caminos. *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detrectant de vobis tanquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis.*¹ Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprochable á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagámosla respetable si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo ejemplos que le condenen y no censuras que le justifiquen; acostumbremosle á pensar que la verdadera piedad es útil para todo, y que tiene en sí no solo la promesa de una vida y una felicidad futura, sino tambien la paz, la alegría, la tranquilidad del corazon, que son los únicos bienes y los deleites de la vida presente. *Promissionem habentes vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*²

¹ I. Petr. 2, v. 12.

² I. Tim. 4, v. 8.

A esta persecucion de escándalo añade Herodes una persecucion de seduccion. Tienta la santidad y fidelidad de los ministros de la ley. Quiere hacer que sirva á la impiedad de sus designios el celo y la santa generosidad de los Magos: finalmente, nada olvida para aniquilar la verdad antes de acometerla á cara descubierta: *Clam vocatis Magis.*

Y ved aquí un nuevo modo con que todos los dias perseguimos la verdad. Primeramente debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor y esforzándonos á persuadirles que se exceden: exhortámoslas como el tentador, á que muden sus piedras en pan; esto es, á que moderen su austeridad y á que muden esta vida retirada, triste y laboriosa, en una vida mas cómoda y mas comun; las hacemos temer que no han de corresponder los fines al fervor de estos principios: en una palabra, procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad y su inocencia, haciéndolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprendemos, como la mujer de Job, su simplicidad y flaqueza; las ponderamos los inconvenientes de la virtud y las dificultades de la perseverancia, las hacemos titubear con el ejemplo de las almas infieles, que despues de haber puesto la mano en el arado, miraron atrás y abandonaron la obra. ¿Qué mas diré? Acaso acometemos tambien al fundamento incontrastable de la fe, y damos á entender la utilidad de sus violencias por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar, corrompemos con nuestra autoridad el celo y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones ó incompatibles con su conciencia ó peligrosas á su virtud; las ponemos en

unas circunstancias ó trabajosas ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo ni gustar del bien para nosotros ni sufrirle en los demás, y hacemos con estas almas el oficio de demonio, que no vela mas que para perderlas; finalmente, nos hacemos culpables de esta persecucion de seduccion, haciendo servir nuestros talentos á la destruccion del reino de Jesucristo.

Los talentos del cuerpo para inspirar pasiones injustas, para ocupar el lugar de Dios en los corazones, para corromper las almas por quienes murió Jesucristo, y los talentos del espíritu para persuadir el vicio ó adornarle con coloridos muy propios para ocultar su vergüenza y fealdad, para presentar el veneno entre el bocado dulce y agradable, y perpetuarle en escritos lascivos con los que un autor desgraciado predicará el vicio, corromperá los corazones, inspirará á sus prójimos las deplorables pasiones que le dominaron toda su vida; verá crecer su suplicio y sus tormentos á proporcion que se vaya derramando por la tierra el impuro fuego que en ella encendió; tendrá el bárbaro consuelo de declararse contra su Dios, aun despues de su muerte; de quitarle tambien las almas que habia rescatado, de ultrajar su santidad y su poder, de perpetuar su desobediencia y sus desórdenes aun mas allá del sepulcro, y hacer, hasta la consumacion de los siglos, propios suyos los delitos de todos los hombres. Desgraciados sean, dice el Señor, todos los enemigos de mi nombre y de mi gloria, que ponen emboscadas á mi pueblo; yo me levantaré contra ellos en el dia de mi furor, les pediré la sangre de sus hermanos, á quienes engañaron é hicieron perecer, multiplicaré sobre ellos

males terribles para consolarme de la gloria que me quitaron: *Væ genti insurgenti super genus meum.*¹

Pero aquella persecucion, á la que he llamado de fuerza y de violencia, es un último género de persecucion mas funesta para la verdad. Por último, no adelantando Herodes nada con sus artificios, quita la máscara, se declara abiertamente perseguidor de Jesucristo, y quiere apagar en su nacimiento aquella luz que viene á ilustrar á todo el mundo. *Mittens occidit omnes pueros.*

La sola relacion de la crueldad de este príncipe horroriza, y no parece que un ejemplo tan bárbaro pueda hallar imitadores entre nosotros; con todo eso, el mundo está lleno de esta especie de perseguidores públicos y declarados de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los tiranos y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla aún perseguida con las públicas irrisiones que los mundanos hacen de la virtud, y con las pérdidas de las almas fieles que con dolor ve ceder tan frecuentemente al temor de sus irrisiones y censuras.

Sí, católicos, estos discursos que tan fácilmente usais contra la piedad de los siervos de Dios, de aquellas almas que con sus fervorosos respetos consuelan su gloria, de los delitos con que la ultrajais, aquellas irrisiones de su celo y de su santa embriaguez por su Dios, aquellas sátiras que de sus personas resultan contra la virtud y son la mas peligrosa tentacion de su penitencia, aquella severidad que usais con ellos sin perdonarles nada, y á un mudando en vicios sus mismas virtudes, aquel estilo blasfemo y satírico que impiamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía y de desprecio á los mas

¹ Jedith. 16. v. 20.

respetables ejercicios de su piedad, que hace titubear su fe, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio, esto es lo que llamo con los santos padres persecucion abierta y declarada de la verdad. Perseguis en vuestro hermano, dice San Agustin, lo que ni aun los tiranos se atrevieron á perseguir; éstos no les quitaron mas que la vida, vosotros quereis quitarlos la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma. *Carnem persecutus est Imperator; tu in christiano spiritum persequeris.*

¿Pues qué, católicos, no basta el que no sirvais al Dios para quien fuisteis hechos? (Esto era lo que decian antiguamente los primeros defensores de la fe, los Tertulianos y Ciprianos, á los paganos perseguidores de los fieles, y puede creerse que estas mismas quejas se hallen aún justas en nuestras bocas contra los cristianos.) ¿No basta? ¿habéis tambien de perseguir á los que le sirven? ¿no quereis, pues, ni adorarle ni permitir que otros le adoren? *Deum non colis, nec coli omnino permittis?* Todos los dias estais perdonando tantas extravagancias á los sectarios del mundo, tantas pasiones insensatas; los excusais, ¿pero qué digo excusar? alabais los, desarreglados deseos de su corazon; hallais constancia, fidelidad y nobleza en sus mas vergonzosas pasiones, y dais honrosos nombres á sus mas indignos vicios: solamente el alma justa y fiel, el siervo del verdadero Dios, es el que no halla en vosotros ninguna condescendencia, y solo consigue vuestros desprecios y censuras: *Solus tibi displicet Dei cultor.* Pero católicos, ¿es posible que entre vosotros han de estar abiertas á la pública licencia los placeres de los teatros y de los espectáculos,

sin que en esto haya contradicción? ¿que el furor del juego ha de tener sus partidarios y esto se haya de sufrir? ¿que la ambición ha de tener sus adoradores y esclavos, y se les ha de alabar; la liviandad sus víctimas y altares, sin que nadie se los dispute; la avaricia sus idólatras, y nadie habla palabra? ¿que todas las pasiones, como otras tantas divinidades sacrílegas, han de tener establecido su culto sin contradicción, y solamente el Señor del universo, el Soberano de todos los hombres y el solo Dios de la tierra, ó no ha de ser servido, ó no podrá serlo, sin que se reprenda y castigue á los que le adoran? *¿Et Deus solus in terris, aut non colitur, aut non est impune quod colitur?*

¡Gran Dios! Vengad vos mismo vuestra gloria, restituid hoy á vuestros siervos el honor que los impíos no cesan de quitarlos; no hagais salir, como en otro tiempo, de las cavernas de los montes, bestias crueles que despedacen á los que desprecian la virtud y santa sencillez de vuestros profetas; pero entregadlos á sus desordenados deseos, mas crueles é insaciables aún que los leones y los osos, para que fatigados, despedazados con las inquietudes secretas y con los furros de sus propias pasiones, puedan conocer el valor y la excelencia de la virtud que desprecian, y aspirar á la felicidad y suerte de las almas que os sirven.

Porque, católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, permitid que os diga aquí con dolor: ¿es posible que háyais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuera posible, en el error? ¿es posible que solo háyais de vivir en la tierra para justificar las profecías de los libros santos acerca de las inevitables persecuciones que han de padecer todos aquellos que quisieren vivir en la piedad, que es en Jesucristo? ¿es posible que la persecucion terrible de la fe y de la virtud, que ha

de durar tanto como la Iglesia, no halle su continuacion y perpetuidad sino en vosotros solos? ¿es posible que en defecto de los tiranos y de los suplicios, el Evangelio halle aún en vosotros solos su escollo y su escándalo? Renunciad, pues, vosotros mismos á la esperanza que es en Jesucristo; uníos con aquellos pueblos bárbaros ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria y de su divinidad, si es que el vivir bajo de sus leyes y el observar sus máximas os parece digno de irrisión. Un infiel, un salvaje pudiera creer que nosotros que le servimos y adoramos, vivimos en el error; pudieran compadecerse de nuestra credulidad y de nuestra flaqueza, viendo que sacrificamos lo presente por lo futuro y por una esperanza que les parecería quimérica y fabulosa; pero á lo menos estarian precisados á confesar que si no nos engañamos y si nuestra fe es cierta, somos los mas sábios y los mas dignos de estimacion de todos los hombres; pero vosotros que no os atreveríais á dudar de la certidumbre de la fe y de la esperanza que es en Jesucristo, ¿cómo os parece que miraria este infiel las censuras que haceis de sus siervos? ¿Os humillais delante de su cruz, os diria, como en presencia de la prenda de vuestra salud, y os burlais de los que la llevan en el corazon y ponen en ella toda su esperanza? ¿le adorais como á vuestro juez y despreciáis y satirizais á los que le temen y trabajan por tenerle favorable? ¿creeis que es fiel en su palabra, y mirais como espíritus flacos á los que confían en él y lo sacrifican todo á la grandeza y certidumbre de sus promesas? ¡Oh hombre extraordinario y tan lleno de contradicciones, que tampoco concuerdas contigo mismo! exclamaria el infiel: luego es preciso que el Dios de los cristianos sea muy grande y muy santo, pues

solo permite entre los que le adoran unos enemigos cuyas impugnaciones son de tan poco fundamento.

Respetemos, pues, la virtud, católicos; honremos los dones de Dios y las maravillas de su gracia en sus siervos, merezcamos con nuestros respetos y con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos como á los únicos que atraen todavía las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan que el Señor mira aún á los hombres con piedad y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro ejemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; preciémonos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aún el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos de Dios, no contemos con la fidelidad de los hombres sino en cuanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que toman parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion, dispongamos al mundo con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible que nos impida siempre el declararnos discípulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la virtud, y para que ella nos liberte, recibámosla con religion, como los Magos, luego que se nos manifieste; no la disimulemos como los sacerdotes, quando somos deudo-

res de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella como Herodes, quando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad y consumados en la caridad.

Así sea.

